

XXVII DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO C

Ha 1, 2-3; 2, 2-4; Sal 94; 2Tm 1, 6-8. 13-14; Lc 17, 5-1

Dijeron los apóstoles al Señor; «Auméntanos la fe» El Señor dijo: «Si tuvierais fe como un grano de mostaza, habríais dicho a este sicómoro: "Arráncate y plántate en el mar", y os habría obedecido.» "¿Quién de vosotros que tiene un siervo arando o pastoreando y, cuando regresa del campo, le dice: 'Pasa al momento y ponte a la mesa?' ¿No le dirá más bien: 'Prepárame algo para cenar, y cíñete para servirme y luego que yo haya comido y bebido comerás y beberás tú?' ¿Acaso tiene que dar las gracias al siervo porque hizo lo que le mandaron? De igual modo vosotros, cuando hayáis hecho todo lo que os mandaron, decid: No somos más que siervos; sólo hemos hecho lo que teníamos que hacer."

La semana pasada el evangelio terminaba con la frase: "...si no creen en Moisés y los profetas aunque un muerto resucite no creerán...", en tal sentido se hacía referencia a las palabras de San Pablo cuando dice: "...cómo creerán en aquel que no se les ha predicado...»; por ello la urgencia y necesidad de que la Iglesia continúe cumpliendo con fidelidad y celo la misión que le encargó Cristo, su fundador: anunciar a todos los hombres el evangelio, no solamente con la Palabra sino primordialmente con el testimonio de la propia vida.

El Profeta Habacuc, en la primera lectura de este domingo se lamenta ante el Señor porque observa el aparente triunfo del mal en el pueblo, castigado por medio del invasor y esclavizado por una vida escandalosa. «... ¿Hasta cuándo clamaré, Señor...? (...). ¿Por qué me haces ver desgracias, me muestras trabajos, violencias y catástrofes...?...», dice el Profeta. El Señor le responde con una visión en la que le invita a la paciencia y a la esperanza, pues llegará el día en que los malos serán castigados, por no tener un alma recta, «...pero el justo vivirá por la fe...», aquí se nos renueva la promesa.

Aun cuando muchas veces nos pueda parecer que triunfa el mal y que quienes lo llevan a cabo viven como si Dios no existiera, a cada uno le llegará su día, en el cual saldrá vencedor quien ha mantenido fidelidad al Señor. Esto es parte del misterio y del don de vivir la fe, porque solo alcanzando este don podemos tener la apertura a Dios, que nos llama cada día y en cada momento a vivir como hijos suyos confiados en que se haga su voluntad sobre nuestra vida, dice el Salmo 16: «...yo me saciaré de tu semblante...».

Podemos enlazar esta primera lectura con el evangelio, ya que el profeta Habacuc dice concretamente: «...que el justo vivirá de la fe...», y los apóstoles piden:

«...Señor: aumentanos la fe...». ¿Estas palabras significarán que los discípulos ya tenían fe y querían creer más, o que habían descubierto que no tenían fe y la estaban pidiendo? Recordemos que en ocasiones el Señor llama a los apóstoles «...hombres de poca fe...», porque la fe es un encuentro con el Dios vivo, con el Dios de la alianza.

Hay muchos episodios en el evangelio que expresan la fe vivencial en Cristo, fe que es abandono, obediencia y disponibilidad. Así tenemos en el evangelio de Mateo, el pasaje del centurión que dice: «...basta que lo digas de palabra y mi siervo quedará sano...»; o el pasaje del leproso que le pide a Cristo: «...Señor, si quieres, que quede limpio...». Cristo que se ha despojado de sí mismo y se ha hecho hombre como nosotros, se ha hecho siervo de nosotros porque ha amado la voluntad del Padre. San Pablo tiene una frase muy elocuente al respecto, cuando dice: «... pues llevamos este tesoro en vasos de barro...», porque él sabe, concretamente, que la vida nueva, de la cual participa, es un don de la fe en Cristo Jesús, y que si no vivimos en esta fe nuestra vida solamente es barro.

San Beda nos dice: «...Somos siervos porque hemos sido comprados a buen precio (1Cor 7); inútiles porque el Señor no necesita de nuestras buenas acciones (Sal 15,2), o porque los trabajos de esta vida no son condignos para merecer la gloria (Rom 8,18). Así la perfección de la fe en los hombres consiste en reconocerse imperfectos después de cumplir todos los mandamientos...». Porque nuestras dudas de fe, nuestra incredulidad, provienen muchas veces de que dentro de nosotros mismos no hay un radical abandono, ni confianza plena, en las promesas de Dios manifestadas en Cristo, o porque condicionamos nuestra fe a que se realice aquello que nosotros pensamos que Dios tendría que hacer por nosotros, nuestros planes, y por consiguiente no existe abandono y confianza radical en Cristo.

Cuando San Pablo exhorta a Timoteo a mantenerse firme en la vocación recibida y a llenarse de fortaleza para proclamar la verdad sin temores: «...Aviva el fuego de la gracia de Dios...; porque Dios nos ha dado su espíritu. Por eso pidamos al Señor que nos ayude a no tener miedo, que Él purifique nuestra fe y nos ayude, para que así como Cristo, que se despojó de sí mismo para abandonarse plenamente en las manos de su Padre, nuestra fe también pueda ser un vaciarnos de nosotros mismos para vivir creyendo en las promesas y en la fidelidad de Dios.

El poder decir: «...siervos inútiles somos...» significa reconocer y darle su lugar a Dios en nuestra vida, y que Él la lleve a cabo, como dice el salmista: «...Tú llevas a cabo todas nuestras obras...». Según el texto del evangelio hay que poner a Dios como el Señor de la Vida.

Pbro. Oscar Balcázar Balcázar